



DESARROLLO Y EDUCACION

¿Cuáles serán las relaciones entre la educación y el desarrollo durante el Segundo Decenio del Desarrollo? Las perspectivas, favorables o desfavorables, que se observan ¿pueden dar una idea de las direcciones que han de seguirse? Aun cuando nuestros conocimientos sobre este punto distan mucho de ser completos, nos permiten discernir las características generales de una acción útil: sería necesario efectuar ajustes mutuos en la estrategia de la educación y la del desarrollo general, a fin de aumentar las posibilidades de empleo y la participación en el crecimiento económico y de vincular la educación y la formación a las necesidades del desarrollo. Estudiaremos aquí diversos métodos para mejorar el primer aspecto de esa relación, a saber, el ajuste de los programas y de los servicios de desarrollo general.

La desocupación de los egresados de establecimientos secundarios y universitarios.

Para comenzar, es preciso ubicar ese problema en una perspectiva adecuada. Su ciente amplitud se debe, en muchos casos, a la transformación de la desocupación y el subempleo que existían anteriormente, sobre todo en el campo, en desocupación «visible». Hoy pueden contarse esos desocupados, ya que en la actualidad las personas que saben leer y escribir que buscan trabajo, se inscriben en las agencias de colocaciones de los centros urbanos.

Como la desocupación es cada vez más «aparente», las autoridades encargadas de la política general han llegado al punto de preguntarse si es preferible que haya desocupados instruidos a desocupados sin instrucción. En realidad, la situación no se reduce de ningún modo a esa alternativa, pero ¿no es probable que, tanto para los individuos como para el conjunto de la colectividad, las posibilidades de desarrollo sean más amplias cuando se eleva el nivel cultural de la mano de obra que cuando éste permanece estable o desciende? Sin embargo, es cierto que debe procurarse

(*) Publicado en «Crónica de la UNESCO», agosto-septiembre 1970, Vol. XVI, Núms. 8-9.

adaptar mejor la educación a las exigencias del desarrollo, tal como lo expondremos más adelante.

En muchos países en vías de desarrollo el porcentaje de crecimiento económico de los sectores modernos —aun cuando es superior al de los otros sectores— dista mucho de aumentar a la misma velocidad que la cantidad de jóvenes que terminan sus estudios secundarios o superiores. A este respecto, es tan acertado decir que el ritmo y las modalidades del desarrollo económico están atrasados con respecto a la producción de egresados secundarios y universitarios como que la educación progresa demasiado rápidamente en relación con el desarrollo económico.

En los países en vías de desarrollo se considera a menudo a la educación como un medio infalible para obtener un buen empleo en las ciudades. Sin embargo, durante las primeras fases del desarrollo las posibilidades de empleo que las empresas privadas medianas y grandes ofrecen a los egresados de la enseñanza secundaria y superior son sobremanera limitadas. (Puede atribuirse en parte este hecho a la tendencia de los empleadores a utilizar medios tecnológicos que exigen mayor insumo de capitales que lo necesario.) La proliferación de empleos administrativos que se observó en esos países hasta no hace mucho, debe en la actualidad disminuir por razones económicas. La creciente importancia de la cantidad de personas que buscan un empleo elevado y la rareza de éstos, agravan la insatisfacción. La rápida expansión demográfica que se registra desde hace veinte años en los países en vías de desarrollo agudiza aún más el problema.

No será tarea sencilla encontrar remedios y ponerlos por obra. Habría que emprender un estudio profundo de las políticas de desarrollo nacional o regional aptas para multiplicar los empleos productivos. La Organización Internacional de Trabajo patrocina un programa mundial destinado a ayudar, a este respecto, a los Estados Miembros. La UNESCO y otros organismos especializados de las Naciones Unidas colaboran plenamente en esos esfuerzos. La modernización de la agricultura y otros sectores económicos intermediarios puede contribuir a mejorar la situación, así como las diferentes modificaciones tendentes a adaptar más cabalmente los programas económicos a los aspectos humanos del desarrollo.

La función desempeñada por la educación en el desarrollo rural, que puede ser considerado hoy con mayor optimismo, debería tener mayor importancia que la que se trató que tuviese (o se admitió que tenía) hasta hoy. Es evidente que ciertas categorías de técnicos, así como los agentes de divulgación agrícola y los especialistas en investigaciones agronómicas, deben poseer conocimientos generales y técnicos muy especiales. Pero es preciso también que los mismos agricultores adquieran una competencia más profunda que la exigida por los métodos de cultivo tradicionales. Su aptitud para adoptar nuevos métodos dependerá en parte de la calidad y la extensión de la formación que recibieron (o pueden recibir) en las escuelas. Los numerosos empleos que deben cubrirse en las ramas de actividad auxiliares deberán

ser ocupados por personas que posean una sólida instrucción general, completada por cursos de pasantías u otro género de formación especializada.

La modernización del campo.

Hasta no hace mucho, las autoridades encargadas del desarrollo, inclusive las que se ocupaban del sector de la educación, subestimaban la importancia de las zonas rurales en el conjunto de la estrategia del desarrollo. La expresión «modernización del campo» designa una extensa gama de cambios estrechamente vinculados entre sí, que comprenden no sólo el aumento de la productividad y de la producción de la agricultura y la ganadería, sino también la aparición de actividades económicas diferenciadas tales como la elaboración, el almacenamiento y la comercialización de productos alimentarios; la creación de un sistema de crédito agrícola; la reforma del régimen de propiedad de la tierra; la organización de cooperativas; la aplicación de programas de desarrollo comunitario destinados a mejorar el riego y los servicios de agua potable, las rutas y la salubridad pública; el establecimiento de servicios encargados de proporcionar abonos, granos e insecticidas y de distribuir y reparar herramientas y material agrícola y muchas otras innovaciones que señalan el paso a una fase más avanzada que la de la mera agricultura de subsistencia.

Felizmente, la negligencia con que se trataba el potencial rural finalizó gracias a la espectacular «revolución verde», es decir, al perfeccionamiento y empleo de variedades de rendimiento elevado de trigo, arroz y maíz, productos que constituyen la base de la alimentación en muchos países en vías de desarrollo. Desde luego, no basta adoptar la tecnología de la «revolución verde» para tener la certeza que sus ventajas serán ampliamente difundidas y provocarán una verdadera transformación del medio rural, ya que puede suceder que sólo unos pocos terratenientes aprovechen todos sus beneficios. Sin embargo, las nuevas variedades de grano son muy importantes ya que, en muchas zonas, el desarrollo de la agricultura es ahora una empresa factible, mientras que anteriormente no podía esperarse que la producción alimentaria fuese suficiente. Así pues, muchos países tienen hoy la posibilidad de aplicar con éxito un programa de modernización rural que podrá ser concebido y aplicado teniendo debidamente en cuenta los aspectos humanos del desarrollo, es decir, los problemas de empleo, formación y educación. No obstante ello, habrán de aumentarse las posibilidades de empleo que se ofrecen en el medio rural.

Otros sectores intermediarios.

Aparentemente, pueden multiplicarse los empleos que permitirán que la mano de obra con instrucción de nivel medio o elevado contribuya al desarrollo nacional, no sólo ocupándose en la modernización del campo, sino también en otros sectores

económicos llamados «intermediarios» (entre la agricultura de subsistencia y la industria moderna). Se trata de esferas de actividad que se relacionan con la pequeña industria, el mejoramiento de la salud pública y la nutrición, la expansión de la educación y de la formación, los proyectos comunitarios tendientes a mejorar la infraestructura local (rutas de segundo orden, pequeños equipos colectivos, etc.). Todas esas actividades requieren que se apele a una cantidad relativamente importante de personas con formación secundaria o superior adecuada, o que poseen títulos equivalentes, a fin de cumplir diversas clases de tareas (organización, dirección, innovación, control y trabajos técnicos).

Se plantean graves problemas para dar a los egresados sin empleo las motivaciones y la preparación necesaria a fin de que se dirijan hacia las actividades que acabamos de enumerar, sobre todo si se tiene en cuenta la gran diversidad de actitudes que existe hacia las profesiones y ocupaciones consideradas aceptables o convenientes. Sin duda, algunas de esas actitudes tienen orígenes culturales, es decir, están profundamente vinculadas a valores transmitidos por la familia y son difíciles de alterar. La forma en que, según las culturas, varía la actitud que McClelland denomina «necesidad de triunfar» da una idea de la manera en que simplemente dentro de la familia se ejerce —o se deja de ejercer— una orientación hacia el ejercicio de un oficio, por ejemplo, relatando a los niños cuentos infantiles. Pero parecería que los valores en los cuales se basan los programas y los métodos aplicados en las escuelas y los establecimientos de formación influyen asimismo en esta orientación, en el atractivo que tienen determinados oficios y en la jerarquía que los jóvenes establecen entre las diferentes profesiones. Por tanto, parecería que es necesario reformar los programas a fin de permitir que los alumnos tengan una idea realista del mundo del trabajo. Además, hasta ahora no se ha sabido, en general, utilizar inteligentemente los estimulantes económicos para canalizar las energías de los egresados de institutos secundarios o universitarios hacia los sectores descuidados.

Adaptación de los programas económicos a las posibilidades de desarrollo humano.

La mayoría de los planificadores y los encargados del desarrollo económico consideran que las autoridades de la enseñanza deben admitir que la educación ha de adaptarse a los programas generales de desarrollo económico y estar a su servicio, que debe estar bajo la influencia de los objetivos económicos y no crearlos. Sin embargo, desde hace cierto tiempo, algunos tienden a estimar, sin duda más ponderantemente, que el establecimiento de los objetivos de la economía y los de la educación debe ser un proceso de ajuste mutuo.

Esta evolución de la manera en que se consideran las relaciones entre los programas económicos y los programas de educación parece deberse a una serie de factores. En primer término, en el planeamiento del desarrollo económico, centrado antaño únicamente en el crecimiento de la producción nacional, comienzan

a tenerse en cuenta los objetivos del desarrollo social, como la justicia distributiva (reducción de las desigualdades sociales y de ingresos) la cantidad más amplia posible de posibilidades de empleo y la eliminación de las injusticias o de la desigualdad de oportunidades a que están sujetas ciertas minorías. La educación debe cumplir una función preponderante en esta esfera. En segundo lugar, se reconoce cada vez más que la educación inculca ciertos valores importantes que parecería imposible expresar solamente mediante indicadores económicos. Por último, la educación es hoy, en la mayoría de los países, una de las empresas más importantes y se relaciona con todos los grupos, en particular con los jóvenes, a los que interesa el desarrollo económico y social.

A fin de aplicar la noción de ajuste mutuo de las estrategias económicas y los programas de educación, las autoridades encargadas de la política general pueden tomar en consideración las siguientes posibilidades, entre otras:

1. El conocimiento de las características de la mano de obra actual o futura (clases, niveles de instrucción, gustos y competencia) puede indicar como el conocimiento de los recursos naturales, ciertos medios de utilizar los recursos disponibles de manera provechosa para la economía. Por ejemplo, algunos países o regiones podrían realizar inversiones en sectores tales como el turismo, diversas clases de pequeñas industrias modernas, la elaboración de productos alimenticios, los animales, etc., en función de las actitudes particulares de la población.

2. La desocupación y el subempleo pueden ser en parte el resultado de la rigidez y los obstáculos que se oponen al buen funcionamiento del mercado de trabajo. Habría que esforzarse por eliminar, por ejemplo, las condiciones arbitrarias de contratación, la inadaptación de la formación teórica, las disparidades en materia de remuneración que no están vinculadas a diferencias de productividad y todo aquello que obstaculiza la movilidad geográfica o profesional.

3. Para favorecer el desarrollo a plazo medio puede comenzarse, en particular, por realizar en los distritos o las regiones encuestas sobre las personas desocupadas, compilando datos sobre sus calificaciones, su nivel de instrucción y sus gustos. Es conveniente entonces prestar atención particular a los miembros más jóvenes de ese grupo, incluso aquellos con escolaridad limitada, a fin de organizar ulteriormente cursos de formación complementaria de breve duración, que calificarán mejor a los interesados para ejercer un oficio. Naturalmente, ese programa de formación deberá estar estrechamente coordinado con los programas de creación de empleos y de ayuda técnica y financiera destinados a facilitar la implantación de pequeñas empresas.

Deberán estudiarse minuciosamente éstos y otros muchos aspectos del planeamiento económico y de las estructuras institucionales a fin de establecer una vinculación más estrecha entre la educación y la vida profesional.

cultura

